

# PEDRO J. FERNÁNDEZ

# LA HIJA

## DEL

# PESCADOR

*Una princesa condenada por su belleza.*

*Una joven judía escapando de un destino impuesto.*

*Una amistad inesperada que cambiará sus vidas.*

*Una novela desbordante de sensualidad,*

*crítica y misticismo, ambientada en*

*el corazón del Imperio Romano*

*y los albores del cristianismo.*

BESTSELLER  
★ ★  
INTERNACIONAL



ALMUZARA

*novela*

LA HIJA  
DEL  
PESCADOR

PEDRO J. FERNÁNDEZ

LA HIJA  
DEL  
PESCADOR



ALMUZARA

Almuzara México • Almuzara Nuevas Narrativas #4

*La hija del pescador*

© 2026, Pedro J. Fernández

© 2026, LID Editorial Mexicana, SA de CV

Bajo el sello editorial Almuzara México

Homero 109, piso 14, oficina 1404,

colonia Chapultepec Morales, alcaldía Miguel Hidalgo,

C.P. 11570, Ciudad de México, México

[www.almuzaralibros.com](http://www.almuzaralibros.com)

Primera edición impresa en México: febrero de 2026

ISBN: 978-607-69249-6-9

Primera edición en formato *epub*: febrero de 2026

ISBN: 978-607-69249-7-6

Dirección editorial: Nicolás Cuéllar Camarena

Dirección de arte: Raúl Aguayo Chávez

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en México | *Printed and made in Mexico*

Este libro está dedicado a  
Paulina Vieitez y a Gerardo Cárdenas

También a Andoni Vales

“Sin embargo, no sabéis cómo será vuestra vida mañana.  
Sólo sois un vapor que aparece por un poco de tiempo,  
Y luego se desvanece”.  
Santiago 4:14

## Parte I

### *Los deseos del monstruo*

## Capítulo I

*He aquí, hago algo nuevo, ahora acontece; ¿no lo percibís?*

Isaías 43:19

### I

**L**a luz del amanecer entró a raudales por el tragaluz de la estancia. Los cristales de colores que colgaban del techo abovedado proyectaron rombos azules, rojos y púrpuras sobre las paredes grises, pintaron los mosaicos blancos que recubrían el piso y acariciaron mi piel desnuda sin vello alguno.

El vapor perfumado se elevó desde la pileta cálida decorada con pequeños azulejos amarillos y blancos, en los cuales se adivinaban dos rostros de perfil como parte de un solo cuerpo, mirando a lados opuestos. En perfecto semicírculo, debajo de aquella figura se leían las letras “JANUS”.

Con un paso lento, entré en el agua. El calor envolvió mi cuerpo, como si fuera el amanecer el que me diera un abrazo cálido. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás; tomé la jarra de plata que descansaba en la orilla y vertí un poco del contenido sobre mis hombros. El aceite especiado con pétalos de narciso y esencia de escarpia se derramó por mis suaves clavículas, al tiempo que los latidos de mi corazón se hacían más lentos y mi respiración se relajaba. Mi piel estaba despierta, dispuesta a sentir la vida, aunque fuera por un momento.

El agua apenas me cubría los pechos, pero eso no me importó. Para eso estaba sola, disfrutando de un baño para relajarme del

espantoso clima desértico y su calor agobiante. Prefería estar lejos de la arena, de la tierra, de los vendedores parlanchines de los mercados, ofreciendo amuletos, ungüentos, y toda clase de baratijas inservibles. Nunca he soportado a los charlatanes que se aprovechan de la superstición de las personas, y menos cuando se hacen pasar por los enviados de algún dios.

Así, con los ojos cerrados, dejé que mi imaginación se elevara como águila en vuelo, y soñé con viajar a Roma, conocer los mercados y asistir a una de las fiestas que se organizaban en el palacio, donde el emperador Tiberio reunía a los patricios en banquetes que duraban varios días. Me hubiera gustado, también, caminar sin cuidado frente al templo de Cástor y Pólux, que según me contaron, fue renovado por el divino Augusto antes de su muerte.

Me llamo Salomé, quizás al leer mi nombre hayas escuchado algo sobre mí. Estoy segura de que sí, pero ya llegaremos a ese momento de tambores y timbales, mi querido lector. Así que espero que me permitas mantenerte en ascuas un rato más, porque (como ya he dicho) deseo escribir este libro para hablar de alguien más: una de las criaturas más sorprendentes que haya conocido en esta vida, y que es protagonista de esta historia llena de verdades amargas.

Esa mañana, sin embargo, no sabía que mi tarde sería diferente a las demás.

Tenía, entonces, alrededor de quince años y, ¿qué podía saber yo de la vida alejada de Roma, el centro del mundo? Sólo había escuchado los rumores e historias de la familia imperial y, a partir de ahí, imaginaba que los tenía cerca, que sabían mi nombre y que podía caminar por uno de sus balcones como quien se asoma a la faz de la noche, envuelta en la oscuridad del color de la madera de ébano. Ah, pero Roma se encontraba muy lejos de Galilea y de Judea, y las diferencias en la vida cotidiana provocaban que la distancia se sintiera más profunda.

Era el año décimo sexto del reinado de Tiberio, hijastro del divino Augusto, hijo de su última esposa, la cruel Livia.

Mis manos rompieron la superficie del agua, las olas diminutas se movieron hasta la orilla de la pileta. Sentí una explosión del aroma a clavo que subía en espiral con el vapor; el sopor era agradable y relajó mi ser entero. Gotas de sudor resbalaron por mi cuello. Tallé mis hombros, y mi vientre hasta que removí los granos de arena incrustados en mi piel.

Me gustaba la soledad de aquella habitación, deseaba que fuera el mundo entero, lejos de los problemas cotidianos que me aquejaban. Deseé que no tuviera que lidiar siempre con la servidumbre, sin embargo, su trabajo era darme todo cuanto mi corazón deseara y estuviera en sus posibilidades.

Escuché el rechinado de la puerta al abrirse, como si no estuviera bien cerrada. Las pequeñas pisadas eran de las tres esclavas que me ayudaban en mi ritual de baño. Cada una de ellas iba vestida de blanco, con el cabello castaño recogido detrás de la nuca, y una delgada pulsera de cobre en cada muñeca; las jóvenes entraron al baño sin anunciarse. No llevaban maquillaje, pero eran, ciertamente, jóvenes y hermosas. Según recuerdo, mamá las mandó a comprar al gobernador de Siria.

Viendo que llegaban con más aceites y enceres para purificar mi cuerpo, me apuré a salir de la pileta humeante. Sentí el aire fresco que se colaba por la puerta entreabierta.

—Terminé antes de tiempo —suspiré sin verlas a los ojos, miraba en cambio las gotas de agua que caían a mis pies.

Ellas no necesitaron preguntar más. Después de todo conocían muy bien su labor. De la mesa que había colocado en la esquina oeste, se hicieron de trapos de algodón, con las cuales se encargaron de secar muy bien todo mi cuerpo, desde los suaves tobillos, subiendo con delicadeza hasta mi cuello largo. Debían hacerlo con mucho cuidado o dejarían marcas rojas en la piel, que luego debían ser frotadas con cremas especiadas antes de dormir para que desaparecieran.

Por suerte, aquel día las esclavas hicieron muy bien su trabajo.

Escogí un vestido a la usanza helenística. Era una pieza blanca llena de pliegues largos, y que me ceñí a la cintura. Dejé uno de los hombros al descubierto y la falda cayó hasta mis pies. Sentí el roce de la tela suave contra mi piel; se sentía más viva que nunca, como si mi cuerpo quisiera bailar ante una música invisible que venía del cielo, y mover las caderas como una de las cocineras, una esclava árabe, me enseñó una tarde roja en la que me escondía de los regaños de mi madre. No sé por qué, pero bailar siempre me ha traído felicidad.

Al terminar, me llevaron un espejo de plomo pulido para que me asomara en él. Un reflejo desdibujado en azul grisáceo me devolvió la sonrisa.

Las esclavas me llevaron una cajita de cedro perfumado, que hacía las veces de joyero. Me probó primero unos aretes de oro, luego un collar corto de plata con piedras rojas. Ninguno me gustó. Me hice del de siempre, mi favorito, un hilo largo de oro en el cual pequeñas lunas menguantes se entremezclaban brillantes con esmeraldas de color verde musgo. Los aretes hacían juego y eran del mismo estilo. Alguna vez habían sido de mi abuela, por eso me gustaban tanto.

El vapor de agua continuaba subiendo de aquella pileta cálida, con sus vapores perfumados y deliciosos.

Con el temor de que mi peinado, que una de las esclavas realizaba en ese momento con peines suaves y alfileres de oro, se deshiciera, decidí salir de aquel cuarto. No fuera a ser que luego tuviera que andar como mi madre, utilizando ridículas pelucas de rulos negros, como las que usaban (según me contaron las esclavas) las viejas matronas romanas que perdían el cabello o las mujeres egipcias que aún recordaban los tiempos en los que gobernaban las faraonas de los Tolomeo.

Sin decir una palabra, salí de ahí. Escuché los pasos de las esclavas a mis espaldas. No quería mirarlas para no sentir compasión de ellas. Ya bastante tenía con tenerles lástima cada vez que las miraba

caminar por los pasillos, pues hacían que me preguntara ¿por qué ellas carecían de libertad o poder? ¿Por qué la diosa del destino no las hizo nacer en el seno de mi familia, como una hermana o una buena amiga? ¿Qué caprichos y humores hacen que los dioses decidan en qué familia nace cada uno de nosotros? ¿O acaso no hay destino alguno en el seno de mujer en el cual nos formamos y la mala estrella sólo es producto de la casualidad?

La luz entraba por las puertas alargadas del pasillo, en un caleidoscopio de luces y sombras en un patrón indistinguible.

Allá afuera se encontraba uno de los jardines menores, en los cuales me sentaba por las tardes debajo de un árbol a reflexionar sobre mi vida en el palacio, sobre los judíos que esperaban un mesías que los liberara del yugo romano, sobre los templos que se levantaron en todo el imperio para conmemorar al divino Augusto, otrora emperador, y sobre el desierto... ¡enorme, infinito, lleno de misterios enterrados!

Muchas veces ahí, rodeada por el brillo mortecino del atardecer, me pregunté si de verdad los hombres eran capaces de convertirse en dioses, o los dioses podían bajar a la tierra para volverse hombres. Una vez, incluso, cometí el atrevimiento de cuestionar la sola existencia de los dioses, de todos ellos. Después de todo, nunca había visto a alguno o sentido su presencia desde la niñez. Sí, me enseñaron sus nombres y en silencio recé las fórmulas que aprendí para curar dolencias o espantar los malos sueños.

Avancé con decisión por el pasillo, y luego giré a la derecha para tomar otro pasillo.

Momentos después, entré en la estancia de veinte *passus*<sup>1</sup> de largo, por el doble de ancho. El techo alto era abovedado, pintado por completo de azul marino, con estrellas plateadas de cinco estrellas esparcidas por aquella superficie cuarteada. Las ventanas eran pequeñas, para contener la poca luz que se filtraba en las telas pesadas

.....

1 *passus* corresponde, aproximadamente, a 1.48 metros.

que las tapaban. En cada una de las largas columnas que sostenían el domo se colocaron lámparas de aceite. El fuego proyectaba luces rojas a lo largo de todo el conjunto, hilos de humo gris se elevaban de las pequeñas llamas danzantes, casi como si escucharan la música de los dioses.

En la esquina más lejana se encontraba un hombre anciano. Sentado en un tapete tejido en patrones azules, soplaba en una flauta larga de la cuál flotaba una melodía dulce que recordaba de mi infancia.

Fijé mi atención en el trono de madera que se había instalado sobre una tarima de piedra. Ahí estaba mi madre, Herodías.

—Pensé que tardarías un poco más en el baño —se levantó de su trono.

Veinte años mayor que yo; mi madre tenía, sin duda, el porte de una reina; echaba los hombros para atrás, levantaba el rostro y apretaba los labios con decisión. Hay hombres en palacio que dicen que las dos somos tan parecidas que bien podrían confundirnos como hermanas en lugar de como madre e hija.

Mi madre usaba un vestido largo y rosado, confeccionado de varias capas de tela delgada que parecían flotar con cada movimiento. Sobre su cabeza solía utilizar una pequeña corona forjada con pequeñas hojas de cobre y piedrecillas blancas que mezclaba con mechones de su pelo.

—Él te espió de nuevo —los labios rojos de mi madre soltaron cada una de aquellas palabras con suma calma, como si deseara saborearlas —, esta vez no sólo se asomó por un momento, sino que te contempló por un largo rato.

Me llené de odio y exclamé, mostrando los dientes cual lobo que se defiende del peligro.

—¡El monstruo!

Instruí a uno de mis criados de cocina para que lo siguiera por los pasillos del palacio hasta el baño. Asomándose por la puerta entrecerrada, él contempló tu desnudez como un niño que mira la

luna por primera vez. Se mordió los labios, se le cortó la respiración y el sudor apareció en su frente en forma de perlas muy pequeñas.

De haberlo sabido, hubiera tomado el alfiler de oro con el que las esclavas sostienen mi peinado, y se lo hubiera clavado en el pecho para comprobar si su corazón es capaz de guardar sangre caliente. ¡No lo soporto!

Los labios de mi madre se curvieron lentamente.

Se sentó de nuevo en el trono y se acomodó en él. Me dio asco que ella no sintiera un poco de lástima por mí, o al menos que la demostrara. Un poco de empatía me hubiera servido en ese momento.

—Ah, divina juventud... qué daría yo por volver a sentir ese ímpetu desenfrenado en mi espíritu. Recuerdo que mi corazón se desbordaba en todo tipo de anhelos y amores, como si fueran caballos desbocados sobre la Vía Apia. Entonces me entregué a los brazos de mi primer esposo, Herodes Filipo, sin pensar que de aquellas noches de vino y música daría luz a una princesa. ¡Qué momentos tan dichosos viví entonces al tenerte en mis brazos las primeras noches! Sí, pero pronto vi que aquello no podría durar... las diosas del destino siempre tienen el peor sentido del humor. Les gusta burlarse de los mortales.

—Madre... —intenté interrumpirla, pero ella pareció no escucharme; le gustaba contarme aquella historia.

—No, aquello no podría durar. Era feliz cuando estabas en mis brazos, cuando te aferrabas a mi seno izquierdo y bebías del chisguete blanquecino que brotaba de él. El monstruo, como te atreves a llamarlo, ya empezaba a rondarme, le llamaban la atención mis pechos fértiles, mis caderas redondeadas... aprovechaba cualquier momento para rozarlas con sus dedos, para besarme en el cuello y para susurrarme mentiras al oído. Él se enamoró de mi cuerpo. Yo, en cambio, prefería su corona. Dejé que pensara que me había enamorado de él. No lo olvides jamás, la debilidad de un hombre es su arrogancia masculina, y más aquellos que son... monstruos, como

dices. No estaríamos en este palacio, ni tendríamos criados, tampoco saldría el pueblo a vernos si yo no hubiera llenado el corazón de Herodes con las palabras que él deseaba escuchar. Ay del día que descubra que estaban tan vacías como mi amor por él.

Asco, fue lo que sentí al escuchar cómo mi madre prostituía sus sentimientos en favor del oro, pero era parte de la educación que había recibido. Esperaba que yo, de alguna manera, aceptara a su nuevo esposo como parte de la familia, y mi corazón no era capaz de aquello.

El hombre de la flauta cambió la melodía, las notas bajaron, la música tenía un curioso dejo nostálgico que me remontaba al desierto, al viento poderoso que levantaba la arena durante las noches de verano, al crepúsculo azulado, al silencio de las caravanas que recorrían los caminos de toda Judea. ¿Acaso era esa la razón por la que pensaba que el pasado y el presente se mezclaban en aquel lugar?

No tuve tiempo de responder aquella pregunta, pues en aquel momento entró un joven criado, tendría alrededor de doce años, sólo una tela blanca le cubría parte del torso y la pelvis. Las sandalias que calzaba fueron hechas pensando en un adulto, y él era apenas un niño de rubio cenizo.

—Herodes, tetrarca de Perea y Galilea, solicita la presencia de su esposa y de la hija de ésta en la sala del trono —impostó su voz para que sonara mayor, pero no pudo esconder que se trataba de sólo un niño, que nació esclavo.

Mi madre asintió con nobleza y le indicó, con un ademán de su mano derecha llena de anillos, que podía retirarse.

Luego se volvió hacia mí, apretaba los labios y arqueaba las cejas.

—Te portarás a la altura de la sangre real que llevas en tus venas. Sí, no quiero pucheros, no quiero malas caras, ni que lo insultes con tus comentarios. Porque, entonces, la riña no será con él, sino conmigo.

Como cuando era una niña, y recibía un regaño por alguna travesura que se salía de control, bajé la cabeza con las mejillas

encendidas. Sentí mi corazón palpar con palabras furiosas que no me atrevía a expresar.

Ayudé a mi madre a levantarse del trono, y salimos de aquella estancia, dejando atrás la música dulce de la flauta. Caminamos por los pasillos que conectaban entre sí, por la luz que cambiaba su forma y color de acuerdo en qué parte del palacio nos encontráramos; pues caminábamos por el ala este, y nos esperaban en el ala oeste.

Encontré la gran estancia, cuadrada, de treinta *passus* tanto de largo como de ancho, bañada de un fulgor naranja, pues la luz de las ventanas largas se reflejaba en los espejos de cobre pulido colocados de forma adecuada para iluminar lo más posible cada rincón. El trono en el cual se encontraba sentado Herodes estaba hecho de madera, y en el respaldo habían labrado la tosca figura de un búho. A su lado, un trono similar, más bajo, sin figura alguna.

Mi madre tomó su lugar en ese segundo trono, ante la mirada silenciosa de todos los presentes, hombres y mujeres que vestían túnicas largas en colores arena, rosa pálido y blanco, con los rostros pintados en cargados colores, mejillas, pelucas, sombra alrededor de los ojos... como si no fueran políticos importantes, sino actores griegos.

Recorrí el cuarto con la mirada, los adornos en el mosaico del piso, el incienso perfumado que se elevaba de los platos de cobre, los esclavos que ofrecían copas de vino rebajado con agua y platos con pan de cebada y aceite de oliva, higos, aceitunas de Jerusalén, panecillos con hierbas y miel. Busqué mi trono de madera, más pequeño que el de mi madre, en el cual habían labrado la figura de un pez, sin embargo, no lo encontré por ninguna parte.

—Aquí, a mis pies, puedes sentarte —dijo Herodes, una sonrisa socarrona iluminaba su rostro, vestía una túnica blanca con bordados en hilo negro.

En efecto, a sus pies se encontraba un cojín largo de terciopelo púrpura.

Apreté los labios con enojo al escuchar al monstruo, y miré a mi madre en busca de ayuda, pero ella no correspondió a esa llamada. Se mantuvo seria, con la cabeza en alto y la mirada perdida en el fondo de la estancia.

De inmediato, pensé en una respuesta:

—Puedo permanecer parada, entre estos hombres y mujeres, como una súbdita más de tu reino, querido padrastro.

—El cojín es más cómodo de lo que piensas, pediré a uno de los criados que traiga vino dulce con agua para ti, tal vez hasta lo perfumen con una de las flores de mi jardín —insistió con morbosidad.

No tuve que volverme para revisar la estancia, sabía que las miradas de todos los presentes se posaban sobre mí. Esperaban a que tomara una decisión, y que no fuera contraria a la de mi padrastro, a quien adoraban como si fuera el mismísimo Tiberio.

Yo, en cambio, sólo pensaba en que el monstruo deseaba tenerme cerca. Recordé el olor amargo de sus ropas, las arrugas de sus dedos, la masilla de sus dientes, la tierra debajo de sus uñas, la forma en cómo arrastraba las palabras cuando bebía de más; su mera existencia me llenó de asco.

Mi madre no cambió sus gestos, se mantuvo seria.

No tuve, pues, más opción que obedecerlo.

Por más que el cojín fuera suave y agradable, las miradas, la situación y la mano de Herodes que me acariciaba el pelo, me ponían incómoda. Escalofríos me recorrieron la espalda, como si pequeños gusanos la circularan con lentitud. Un sentimiento de repugnancia me subió por la garganta hasta producirme arcadas y no pude evitar sentir que todos aquellos hombres y mujeres me miraban con juicio en su corazón. Entonces, comprendí, que no hay peor sentimiento que el de sentir el alma desnuda frente a un montón de desconocidos, porque esa vulnerabilidad quema con vergüenza y desconfianza hasta quebrar el espíritu.

Me imagino que así deben de sentirse quienes deben padecer el flagelo de las Furias, seres horribles que castigan a quienes han

cometido un crimen o sienten una culpa terrible por una mala acción, pero ¿qué mal había hecho yo para padecer tal tormento?

El bochorno se hizo más grande cuando sentí la mano de Herodes acariciarme el pelo, como si se tratara de alguna mascota que, a través de mimos, se ha domesticado para que ésta sea fiel a su amo.

¡No soy un perro y tampoco una mula de carga!, pensé, al tiempo que la rabia se acumulaba dentro de mí.

Ah, pero yo sabía que tenía demasiado orgullo en mi interior como para convertirme en la mascota de un monstruo. ¡Bastante tenía ya con asumir que aquel ser lleno de vicios era mi padrastro y tío! Más le valdría estar en alguna mazmorra del tártaro, sufriendo como es debido.

Además, no sólo eran sus caricias las que sobraban. También podía sentir su aliento cargado de vino, la forma torpe en cómo tropezaba las palabras para preguntar por aquel profeta que, según contaban los rumores, hablaba fuerte en contra de aquellos que cometían algún pecado en contra del dios de Israel. Una vez más busqué la mirada de mi madre para pedirle ayuda, pero ella no me correspondió.

—Pertenece a los esenios —dijo uno de los consejeros de Herodes, un hombre lleno de canas que se inclinaba cada vez que hablaba—. Esos hombres que han perdido toda razón y viven en el desierto, visten únicamente con piel de camello, comen insectos con miel, y predicán la llegada de un nuevo reino que traerá paz cuando el mundo en el que vivimos sea destruido.

Herodes comenzó a reír.

—¿Otro absurdo que se cree el mesías anunciado por los profetas y que predica el fin del mundo? Este pueblo está lleno de hombres que se creen el mesías y que van a cumplir las profecías hechas por los profetas judíos hace siglos.

Mi madre era una mujer que sabía mucho de aquella región y de sus costumbres. Fingiendo ignorancia, se giró hacia su esposo y preguntó:

—¿Mesías?

Yo presté atención a la respuesta de mi padrastro:

—Sí, mesías. El dios de los judíos les prometió que les mandaría un hombre que los liberaría del yugo a través de la espada y que los llevaría a un mundo mejor donde no habría más dolor. Para reconocerlo, tendría que pasar por ciertos ritos inexplicables como nacer en Belén o ser llamado nazareno. ¡Patrañas sin sentido! He visto mesías ir y venir desde los tiempos en que mi padre gobernaba, como el tal Simón de Perea. Todos comienzan a predicar con un reino nuevo, levantan ejércitos improvisados y...

—¿Y... qué sucede con ellos? —pregunté, interrumpiendo su narración, lo que pareció no importarle en lo absoluto.

Los hombres y mujeres presentes se acercaron un poco más a Herodes para escuchar muy bien su respuesta. También tenían curiosidad por las costumbres judías.

—... y los tratamos con la hospitalidad romana que se merecen —me respondió con una sonrisa tal, que me fue posible contar cada uno de sus grotescos dientes —¿Has visto a los cincuenta hombres que crucificamos a la entrada de la ciudad hace dos días? ¿No? Resultó ser todo un espectáculo ver tantas cruces juntas en un solo camino. Fueron los últimos seguidores de otro mesías del montón que murió hace años. Su nombre era Judas, el gaulonita. Su ministerio no llegó muy lejos. Cuando has visto un mesías, los has visto a todos. Su acto es siempre el mismo, dicen curar enfermos y hacer milagros, luego de predicar la paz, levantan un ejército y se hacen de la espada. ¡Patrañas! Nunca he visto un milagro, ni creo que lo veré de un místico judío.

Mi madre se acomodó en su trono de madera, no le gustaba mirar a su esposo a la cara. Se mantenía sentada, con la espalda recta, y la mirada gélida, como si hubiera cambiado su carne y sus huesos, por piedra fría.

Ese era el porte de una reina, y tal vez por eso mi padrastro la quería. El rechazo es atractivo para los hombres con poder.

Yo, interesada en el tema, me atreví a hacer una pregunta más:  
—¿Y si no mueren en la cruz?

Aquella pregunta pareció divertir mucho a Herodes, quien empezó a reír incontrolablemente.

—¡De algo morirán esos rebeldes! Después de mantenerse clavados a sus cruces, lo mismo se desangran que dejan de respirar. Lo importante es que paguen por su rebeldía, y que otros aprendan a que no pueden levantarse contra Roma. Estamos protegidos por el divino Augusto, eso es lo que importa.

Aunque no estaba de acuerdo con la existencia de aquellos supuestos mesías y salvadores que amenazaban la paz de Judea, me molestaba aún más la crueldad con la que Herodes relataba las muertes de aquellos hombres. Si bien, la ley es la ley, ¿por qué debía causarle placer el sufrimiento ajeno? Además, mi repugnancia aumentó cuando las caricias que Herodes me hacía se volvieron cada vez más lentas, íntimas; grotescas. Me trataba como si no fuera nada más que un perro de compañía. ¡Y en público!

Le eché una mirada final a mi madre, en busca de ayuda, pero ella mantenía la vista al frente, en el séquito de aduladores que se encontraba ahí, rindiéndole pleitesía a Herodes. Cada expresión de éste era seguida de aplausos y suspiros, como si se tratara de un ocurrente discurso. Por supuesto, aquello le complacía y le daba valor. Una pareja, al fondo de la estancia, comenzó a besarse con lujuria, se notaba su borrachera, apenas podían mantenerse en pie. Quienes estaban a su alrededor, reían estrepitosamente.

Dentro de mí crecía un odio tremendo, casi como el líquido rojo y caliente de un volcán que humea antes de la tragedia. Mi corazón latía cada vez más rápido, me temblaban los labios, y pronto, no pude reprimir más todo lo que sentía. Sus caricias cada vez eran más largas, como si deseara tocar la parte baja de mi espalda.

—¡No me toques más! —exclamé de repente, sin saber de dónde había sacado las fuerzas.

Un silencio terrible llenó aquella sala.

Todos los ojos se posaron sobre mí.

La respuesta de Herodes no tardó en llegar; echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír en carcajadas largas. Todos los presentes lo imitaron, incluso mi madre se unió al sentimiento popular.

¿Qué podía hacer en ese caso? Me levanté de aquel cojín, mis mejillas estaban calientes. Me temblaban tanto las manos, que se podían escuchar cómo las pulseras de oro se agitaban.

No me atrevía a mirar a aquel del cual me había burlado, no hubiera soportado cruzar una mirada con él. Me enfilé hacia la salida de aquella estancia con los ojos húmedos.

—¿Qué haces, niña? ¡Vuelve! ¡Vuelve! Haré que regresen tu trono para que te sientes en él —, exclamó Herodes entre las risotadas.

Aquello sólo hizo que los presentes rieran más fuerte.

Sintiéndome humillada, salí al pasillo y, una vez que me supe sola, aprecié el silencio. Tenía la impresión de haber tragado una piedra, que una mano invisible me apretara el estómago y que las lágrimas rodaban por mis mejillas.

Caminé por uno de los jardines, mientras sentía una brisa fresca. Esperaba que alguno de los soldados de Herodes viniera a buscarme para llevarme de regreso ante él, pero aquello no sucedió.

Sólo pensaba en que ya no quería estar ahí, en que deseaba dejarlo todo atrás y huir para siempre de aquel palacio. Y me asaltó aquella idea terrible: ¿Por qué no hacerlo? ¿Qué me impedía huir de ese palacio, al menos por unas horas?

Corrí hasta la habitación en la cual guardaba todos mis enseres. Me cambié el vestido por uno gris, más sobrio. Aproveché para tomar un pequeño saco de terciopelo lleno de monedas de oro y plata. También me cubrí la cabeza y los hombros con un velo de seda gris. Lo hice lo más rápido que pude, antes de que alguno de los criados de mi madre o de los soldados que obedecían al monstruo vinieran por mí.

Minutos después llegué al patio trasero, ahí era donde se guardaban los animales de todo el lugar. Y, por supuesto, también los caballos que con frecuencia utilizaban los soldados romanos para patrullar aquellas tierras, junto con algunos coches ornamentales que mi madre y mi padrastro usaban para salir a caminar. El olor a estiércol era penetrante.

Vi a uno de los criados que barría con descuido una de las esquinas de aquel patio. No tendría más de quince años aquel muchacho.

—Que preparen una carreta deseo salir lo más pronto posible hacia... el mercado de Tiberíades —exclamé con tal frialdad, que por un momento sentí que imitaba a mi madre.

—Señora, no sé si haya algún esclavo que pueda hacer tal encargo. Además, usted no debería viajar así, en una carreta como cualquiera de los otros esclavos, más bien creo que uno de los coches que su madre utiliza...

—Mis órdenes no han de cuestionarse. Quiero ir al mercado de Tiberíades y alguno de ustedes acatará la orden. De lo contrario, le diré a mi padrastro que los amarre a uno de los árboles que se encuentran en los jardines y que los azoten para que aprendan a obedecer. Mis caprichos deben ser cumplidos.

Yo sabía que mis amenazas eran falsas, que mis palabras estaban vacías, pero al menos sirvió para que aquel criado saliera corriendo de ahí y regresara con uno de los hombres que sabía, muy bien, dirigir a los caballos de la carreta.

Lo único que deseaba en aquel momento era alejarme de aquel palacio, de mi madre, de mi padrastro; al menos el tiempo suficiente para pensar en cómo darles su merecido.

Con una sonrisa, sentí el sol sobre mis hombros.

El mundo se abría ante mí.

## II

—Puedes regresar al palacio —ordené al bajar del coche de caballos.

—N-no puedo de-dejarla sola —tartamudeó el hombre e insistió en acompañarme.

—Regresa a palacio y espera órdenes de mi madre —insistí y, dudoso, asintió; pareció obedecerme.

A la entrada del mercado, encontré a un hombre, sentado frente a una mesa, contando denarios entre los dedos. Un cambista o un recolector de impuestos, de los hombres más odiados de la región, pensé con indiferencia, y continué mi camino.

Los vendedores, algunos sobre mesas de madera y otros sobre mantas en el piso, ofrecían las mercancías más curiosas: palomas blancas enjauladas, corderos listos para el sacrificio ritual, ricas mantas grises de lana y algodón, especias para cocinar pan o perfumar aceite, amuletos de cobre para ahuyentar los malos sueños, granos de todos tamaños y colores, nueces, higos, miel que olía a flores y algunas maravillas más.

Me encontré rodeada de murmullos, ora en el idioma arameo, ora en latín, ora en el idioma de los griegos, entre madres y sus hijas que buscaban algo para la cena, de hombres que regateaban cualquier precio, y de niños que corrían entre vasijas de barro, era un enjambre de peticiones, lamentos y rebatingas; curveé los labios en una sonrisa de alivio. Ahí nadie se burlaría de mí, ni me verían como una mascota; ahí sería una mujer más que buscaba alguna mercancía que llevar a casa.

Sin embargo, no conté con que mis vestimentas, aunque sobrias, eran finas, mi piel lechosa se dejaba ver en el dorso de la mano y en los tobillos descubiertos de mis sandalias doradas; mis joyas eran poco comunes en un lugar así. No era de extrañarse que llamaran la atención de un ladronzuelo que no debería tener más de diez años, o quizás un poco menos.

Aquel niño, echó a correr hacia mí y logró tomar el collar que

llevaba al cuello. Con una destreza sin igual, se hizo de él sin lastimarme, y siguió corriendo.

—¡Eh! ¡Detengan a ese ladrón! —grité con furia en latín, que era mi lengua natural; luego lo hice en griego. Nadie se acercó a ayudarme, el mercado continuó con su movimiento cotidiano.

El niño corrió hasta que tropezó.

Me apuré a llegar para averiguar qué era lo que había sucedido. Me encontré a una mujer de espaldas, con un velo largo que le cubría la cabeza y le caía por la espalda. Parecía forcejear con el niño por el collar y, al arrebátárselo, aquel salió corriendo hasta perderse en uno de los puestos.

Entonces, la mujer se volvió hacia mí para entregarme el collar.

—Muchas gracias —dije en hebreo, pues me pareció que era parte de los judíos.

Ella mantuvo los labios cerrados al bajar la cabeza. Intentó alejarse, pero la tomé del brazo. Todo su cuerpo estaba enfundado en una gruesa túnica gris.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté en griego, y repetí la pregunta en arameo, mas no obtuve respuesta.

# LA HIJA DEL PESCADOR

DE

PEDRO J. FERNÁNDEZ

se terminó de imprimir en febrero de 2026  
en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,  
C.P. 09810, Ciudad de México.

El papel de los interiores es Bond ahuesado de 90g.  
y el de la cubierta es Couché mate de 250g.  
Se tiraron 1,500 ejemplares más sobrantes para reposición.

**S**alomé, hija de Herodías y sobrina del tetrarca Herodes, huye del palacio tras ser humillada públicamente y tocada por el monstruo al que su madre llama esposo. Mariam, hija de un pescador galileo, escapa de un matrimonio arreglado que amenaza con silenciar su alma. Cuando sus caminos se cruzan en un mercado de Tiberíades, ninguna imagina que ese instante marcará el inicio de una amistad prohibida, una travesía peligrosa... y una revelación que cambiará sus vidas para siempre.

Narrada desde la voz lúcida, desafiante y profundamente humana de Salomé, *La hija del pescador* es una novela sobre las mujeres de una época convulsa, sobre el deseo de libertad en una tierra dominada por imperios y profecías, y sobre cómo un gesto de ternura puede ser más revolucionario que una espada.

**“Uno de los autores más leídos en México, con más de 10 bestsellers publicados.**

***La hija del pescador* es un fenómeno mundial que ha llegado para quedarse”.**



ALMUZARA

ISBN: 978-607-69249-6-9



9 786076 924969